

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 6: LA LUZ DEL BAUTISMO: PARA UN AMOR INTELIGENTE

1)	EL CIEGO DE NACIMIENTO: LA LUZ DE LOS AFECTOS.....	1
2)	EL CIEGO DE BETSAIDA: VER A LA PERSONA	2
3)	DOS CIEGOS CAMINANTES: UNA LUZ EN MARCHA	3
4)	BARTIMEO: LA LUZ NUEVA DE CRISTO.....	4
5)	CONCLUSIÓN: UN PUEBLO LUMINOSO	5
6)	PRÁCTICAS	5
7)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO	5

Los antiguos Padres llamaban al bautismo “iluminación”. Recordemos la vela encendida que el padre prende del cirio pascual para profesar la fe del bautismo en nombre del hijo. ¿De qué luz se trata?

Clemente Alejandrino, a caballo entre los siglos II y III, comparó al bautismo a una operación de cataratas. Pues elimina los filtros impuros que vuelven la mirada sobre nosotros mismos y no nos dejan ver con claridad. Y Clemente compara el bautismo también a un colirio, que perfecciona el ojo, dotándole de nueva capacidad visiva.

Es decir, el bautismo no sólo quita lo oscuro, sino que potencia lo claro. No sólo vemos de nuevo la luz, sino que la vemos con nuevos ojos. “Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz” (Ef 5,14).

Para ver de qué luz y ojos se trata vamos a seguir las distintas curaciones de ciegos que realizó Jesús en el Evangelio. Con ellas manifestaba que Él es la luz del mundo. Y prefiguraba la luz que Él traería con el bautismo. Contando todos los ciegos posibles curados por Jesús salen siete, un número simbólico. Pero pueden agruparse en cuatro curaciones.

1) *El ciego de nacimiento: la luz de los afectos*

Empezamos por el ciego de nacimiento (Jn 9). La Iglesia lee este texto en Cuaresma como preparación al bautismo. Jesús hace barro con su saliva y forma de nuevo los ojos del ciego. Después le manda a lavarse a la piscina de Siloé, que significa “Enviado”. Es un signo de Cristo, *enviado* por el Padre. Las aguas del “Enviado” darán luz al ciego para que, en Cristo, contemple al Padre que le envió.

¡Atención! La luz llega al ciego por el tacto con las manos de Cristo, que ha hecho barro con su saliva. Así entendemos que esta luz del bautismo no es una luz abstracta que ilumine sólo la mente. Pues el toque de Jesús representa un toque



afectivo. Hace falta transformar el cuerpo, transformar el corazón, para poder ver. Jesús da luz a los ojos del corazón.

Y es que, en efecto, el amor es cosa de luz. Se dice que el amor es ciego, pero esto sólo es verdad cuando el amor no es íntegro, es decir, cuando es incompleto o desequilibrado, cuando absolutiza el placer o el sentimiento. Pero el amor íntegro sí que es capaz de ver, como dice Jesús: “los puros de corazón verán”.

En otras palabras, verán los puros o castos, pues la palabra “casto” significa en latín, originariamente, “íntegro”. Mientras decimos sólo “me eres útil” o “me gustas”, ese amor puede cegarnos, pues considera sólo parcialmente a la persona, según su utilidad o gusto para mí. Pero si decimos “¡eres bella!”, entonces consideramos a la persona en sí misma, y ahora el amor tiene ojos y es luminoso.

El rey Salomón pidió a Dios “un corazón sabio e inteligente” (1Re 3,12). Se ha puesto de moda la “inteligencia emotiva” (Daniel Goleman). Se refiere a la necesidad de controlar el estrés o las emociones para que nuestra vida tenga éxito en la familia o en el trabajo, evitando conflictos improductivos. Pero esta “inteligencia emotiva” es muy diferente del “corazón sabio e inteligente”. Pues no se trata de que seamos astutos para que no se desmanden los afectos, sino de que los afectos mismos contienen en sí una luz. Vamos a verlo atendiendo a otros ciegos del Evangelio.

2) El ciego de Betsaida: ver a la persona

Jesús curó a un ciego en Betsaida (Mc 8,22-26). Fue una curación progresiva. En el primer momento Jesús unta saliva en los ojos y le impone las manos. Entonces el ciego consigue ver a los hombres, pero como si fueran árboles que andan. Jesús le vuelve a imponer las manos y entonces ya ve con claridad.

Podemos observar en el milagro dos modos de visión. Hay una visión que no percibe a la persona como tal, confundiénola con los árboles. Miramos a los hermanos como elementos del paisaje, según nuestra utilidad y disfrute. Y está, en un segundo momento, el reconocimiento de la persona en su dignidad, más allá de nosotros, cuando el ciego ya ve con claridad. ¿De qué claridad se trata?

Resulta que el amor nos permite entrar en el mundo de la persona amada, y así aumenta nuestra visión uniéndola a la visión del otro. Nuestro ojo se dilata, pues, al ver juntos, vemos más. Por eso el amor es inseparable de la verdad, porque amar significa tener una visión común sobre todas las cosas.

Además, al mirar desde el amor descubrimos a la persona amada como un don personal que nos es confiado. Se abre entonces la vista hacia el Creador como dador originario. Entonces todas las demás cosas pueden verse a la luz de este don de la persona amada, porque todas las demás cosas permiten edificar el amor. Así, por ejemplo, miramos de forma distinta el campo, por el que podemos pasear juntos; o la comida, que permite una conversación donde se comparte la historia de cada uno; o el trabajo, porque su fruto sostendrá a nuestra familia...

Pero el amor permite ver de otro modo también nuestro futuro. Para esto nos ayudan otros dos ciegos que curó Jesús.

3) *Dos ciegos caminantes: una luz en marcha*

San Mateo nos cuenta de dos ciegos que seguían a Jesús gritando: “Ten compasión de nosotros, hijo de David” (Mt 9,27-31). La escena es curiosa porque Jesús camina sin volverse y ellos marchan detrás. Sólo cuando Jesús llega a su casa, entonces se para y les atiende. Han perseverado en el camino y ahora podrán ver.

De este modo entendemos una clave de la luz del amor. Resulta que para ver es necesario ponerse en marcha. El amor no nos da la luz de golpe, sino en forma de una llamada y de una invitación a obrar. El amor nos arroja una primera luz, que es una invitación a acoger el don. Pero esta luz sólo crecerá si obedecemos a la luz, como los ciegos siguieron a Cristo.

Esto es así porque la luz del amor es una luz que ilumina el tiempo. En primer lugar, hacia el origen. Saber mirar a la persona amada es entender que nos ha sido confiada por el Creador, y que el Creador la ha amado por sí misma. Dicen que amar a una persona es entender la razón por la que ha sido creada. Es decir, amar es entender la vocación de la otra persona, que está más allá de nosotros. Y entender que esa vocación es una vocación común, la vocación a llegar juntos a la amistad con Dios.

Por eso el amor no se contenta simplemente con lo que hay. El amor dice a la persona amada: “te quiero como eres”, pero no sólo. A esta frase añade otra: “te quiero como estás llamada a ser”. Y prosigue: “te quiero para que podamos ser uno, y para que, siendo uno, crezcamos y caminemos juntos a Dios”.

Es decir, el amor descubre un proyecto de plenitud que nos desborda, y por eso puede mirar a un futuro más grande. San Pablo pide que Dios “ilumine los ojos del corazón” para que puedan ver “la esperanza” a la que Él nos llama (Ef 1,18). Es decir, el amor percibe ya el fruto que despunta en la flor, o el fruto que se forma en el vientre. Y trabaja para que llegue ese fruto.

Esto implica que esa luz del amor no se nos entrega de golpe, sino que hay que entrenar los ojos para que puedan ver plenamente. Por eso la capacidad de ver es una virtud, la virtud de la prudencia formada por la caridad. Aprende a ver quien aprende la docilidad, que nos hace capaces de recibir luz de otros y de nuestra experiencia; quien aprende a imaginar distintos recorridos de la vida y, así, aprende a abrir caminos nuevos en situaciones difíciles; quien aprende a mirar hacia delante con providencia para anticipar el futuro; quien aprende a contar con las dificultades del carácter de los hermanos, distinguiendo los defectos que hay que soportar con paciencia de otros que podemos superar juntos...

Si queréis un ejemplo simpático de la luz afectiva que obra para reconstruir la comunión, podéis ver este anuncio de la cadena de supermercados italiana Esselunga. Allí una niña de padres separados se las arregla para reencender la posibilidad de un reencuentro:



Hemos visto que el amor nos ilumina para descubrir a la persona amada como un don de Dios, y también para descubrir el horizonte último de nuestro amor. Gracias al amor nuestra mirada se agranda, porque vemos junto a la persona



amada, y porque lo que vemos es la totalidad de nuestra historia, desde el origen hasta la plenitud de la vida.

¿Y cómo actúa el bautismo sobre esa luz del amor?

4) *Bartimeo: la luz nueva de Cristo*

Para responder pasemos a otro ciego, Bartimeo, en Jericó (Lc 18,35-43; Mc 10,46-52). Está sentado al borde del camino cuando pasa Jesús. Bartimeo pide al Hijo de David que le cure, pero la gente le ordena que se calle y no moleste al Maestro.

Se da así una oposición entre distintas luces. La tentación, para Bartimeo, es fiarse de los videntes. Y parece justo: ¿no ven ellos más que él? ¿No son ellos los que le han guiado tantas veces para que no tropezara? ¿No son ellos su luz? Jesús, sin embargo, le resulta un extraño.

Pero Bartimeo tiene que rechazar esa luz de la multitud, que ahora se revela insuficiente. Los otros han sabido guiarle para que encontrara cada día su casa, para que pudiera sobrevivir. Pero no aciertan cuando llega una luz nueva, la luz que emana de Cristo, que no le llama sólo a sobrevivir, si no a una vida plena.

Entendemos así que el bautismo potencia la luz del amor a partir del amor de Jesús. Nos da ojos nuevos, que son los ojos de Cristo. Pues la fe, como dice la encíclica *Lumen Fidei*, consiste en mirar con los ojos de Jesús (n.21).

Para ello, *en primer lugar*, el bautismo purifica nuestro amor. Esto significa desenmascarar las luces falsas, que no nos dejan ver el horizonte. Las luces de las estrellas, que guían al caminante, sólo pueden verse si se apagan otras luces más cercanas, que alumbran lo que está cerca pero ciegan para lo lejano. Por eso Bartimeo se abrió camino entre el rechazo de la gente.

En segundo lugar, el bautismo potencia la luz del amor. Pues si el amor nos permite reconocer las cosas desde el don que es la persona amada, ahora, en el bautismo todo se reconoce a la luz del don máximo, que es el Hijo de Dios para nosotros. Pues, si Dios nos ha dado a su Hijo, ¿cómo no nos dará con Él todas las cosas? (cf. Rom 8,32).

Gracias al bautismo entendemos a fondo cómo cada hermano es un don del Padre. Dios, para confiarnos al hermano, no ha dudado en entregar a su Hijo, rescatando el amor. Nos vincula al hermano el mismo baño en la misma sangre del Redentor. Por eso el bautismo nos asegura que es posible perdonar siempre y perdonarlo todo. Pues el bautismo nos permite mirar a nuestro esposo como un don cuyo precio es la sangre de Cristo, y lo mismo a nuestros hijos y hermanos y amigos.

En tercer lugar, el bautismo nos aclara sobre el destino común que compartimos. Si es propio del amor revelar la esperanza común, esto se potencia al encontrar a Cristo. Gracias al bautismo hombre y mujer, al casarse, comprenden que su amor mutuo está destinado a entrar, resucitado, en Dios. Gracias al bautismo, al mirar a nuestros hijos, vemos adónde apunta su vocación y su destino, pues están llamados a vivir en Dios y para Dios.

5) **Conclusión: un pueblo luminoso**

De alguien que está en sus cabales decimos que es una persona cuerda. La cordura no significa sólo no estar loco, sino ser prudente, sabio, tener buen seso. Pues bien, la palabra cuerdo deriva del latín “cor”, que es corazón. El español sabe identificar el corazón como lugar de juicio, de acuerdo con la visión de la Biblia.

Así que la familia, lugar del amor primero, aparece como lugar de luz. El bautismo restaura los ojos del corazón para que podamos ver. En realidad, al curar Jesús a los ciegos, les está anticipando la luz que Él obtendrá en la resurrección. Por eso los ciegos son símbolo de la luz bautismal, que es la luz del Resucitado. Entendemos que Jesús no sólo curó a ciegos aislados, sino que curó la ceguera comunitaria de la humanidad, y engendró un pueblo capaz de ver.

Por eso en el bautismo no solo vemos de forma nueva, sino que también nos hacemos luminosos. Ahora podemos transmitir a otros la mirada de Jesús. En primer lugar, a nuestros hijos, pues educar es enseñar a ver con los ojos del amor. Y en segundo lugar a otras familias con quienes compartimos nuestras luces y, con ellas, a toda la sociedad y la Iglesia. Pues los problemas de la sociedad y de la Iglesia brotan hoy de un emotivismo que se deja llevar de aquí para allá, porque faltan afectos ordenados desde el verdadero amor.

Dicen que en París están ensayando la bio-luz. Se trata de farolas a base de bacterias luminosas, sumergidas en agua de mar. Como combustible sólo hay que alimentar de vez en cuando a la colonia. Al leer la noticia me acordaba del Evangelio de Juan: “la vida era la luz de los hombres”. Si esto puede un grupo de bacterias, mucho más las familias. Unidas por el amor, resultan luminosas para nuestras ciudades, para nuestra sociedad, para nuestra patria. Como dice san Pablo: “antes erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz” (Ef 5,8).

6) **Prácticas**

- El amor ilumina a través de las palabras comunes. Dice también san Juan que en la palabra era la luz verdadera (Jn 1,9). Podemos practicar el diálogo conyugal (en un paseo, en una cena), donde pongamos en común los dones y promesas del Padre, para aprender a reconocer estos dones y promesas desde los ojos del otro. Y lo mismo con el diálogo familiar.

- La actividad Berit de FdB aporta luz a otras familias, la luz de la vocación al amor. Tal vez nos sea posible colaborar en ella, aunque sea con algo pequeño. O podemos recibir más luz sobre nuestra vocación, como con los cursos de pastoral familiar de Persona y familia / *Veritas amoris*.

7) **Preguntas para el diálogo**

1. ¿Qué tipo de luz proviene de los afectos?
2. ¿Cómo ilumina el tiempo la luz del amor?
3. ¿Qué ojos nuevos nos da la fe bautismal? ¿Qué significa participar de la misma mirada de Jesús?



4. ¿Por qué se ve más viendo juntos? ¿Cómo potencia la luminosidad la comunión conyugal, familiar e interfamiliar?